

JUVENIL



© Del texto: 2015, Bismar Galán

© De esta edición:

2015, Editorial Santillana, S.A.

Calle Juan Sánchez Ramírez No. 9, Ens. Gascue

Apartado Postal 11-253 • Santo Domingo, República Dominicana

Teléfono 809-682-1382

Las sedes del Grupo Santillana son:

Argentina, Bolivia, Brasil, Colombia, Costa Rica, Chile,
Ecuador, El Salvador, España, Estados Unidos, Guatemala,
Honduras, México, Panamá, Paraguay, Perú, Portugal,
Puerto Rico, República Dominicana, Uruguay y Venezuela.

ISBN: 978-9945-19-599-6

Registro legal: 58-347

Impreso en República Dominicana

Primera edición: mayo de 2015

Primera reimpresión: febrero 2017

Segunda reimpresión: junio de 2018

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada ni transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por un medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo escrito de la editorial.

Padre mío, que lejos estás

Bismar Galán

*A mis padres, Adaís y Vicente,
que siempre han estado cerca.*



Índice



Rebeldía	11
Una buena pista	14
La sorpresa	20
La mudanza	27
La nueva casa	31
La nueva escuela	35
Haciendo amigos	39
Visita tecnológica	47
El intruso	52
Hora de crear	56
La amistad se multiplica	58
Fin de semana en San José	62
De vuelta a clases	69
El cumpleaños	76
El viaje a Punta Cana	79
Encuentro inesperado	84
La noticia corre	89
Recuerdos de hermanas	92
Carmen se confiesa	97
Quince años después	103
La historia de David.....	108



Rebeldía



—¿Qué pasa, Daniela? ¿Y esa cara?

—Abuelo, esta escuela no me hace feliz, no quiero hacer el Bachillerato aquí; prefiero no volver a clase.

—Pero, hija, no hables así...

—Estoy cansada de que todos me molesten, que se metan en mi vida. Como ellos saben quiénes son sus padres y viven con su mamá y su papá... A diario me preguntan por qué en las actividades sólo están tú, mi abuela y mi mamá. ¿Qué puedo responderles? Imagínate. Además, eres el que siempre viene a recogerme. Algunos piensan que tú eres mi papá.

Desde que era muy pequeña, cuando Daniela le decía algo similar, casi siempre a la salida de la escuela, el abuelo Lorenzo hacía un profundo silencio, le pasaba la mano por la cabeza, la subía a la vieja camioneta y salían disparados, dejando una estela de polvo en todo aquel terraplén que esperaban un día se convirtiera en una calle que llegara hasta la casa, allá

en la finca, en las afueras del pueblo. Ella quedaba extasiada en el color blancuzco que tomaban las hojas de los árboles y que les duraba hasta que llegaba un aguacero. Otras veces hacía el intento por imitar el crujido de aquel centenario vehículo, “la guagua” como decía su abuelo, y así apartar de su mente aquello que tanto la obstinaba; pero de nuevo volvía a su realidad y sentía inmensos deseos de inventar cualquier motivo para obtener una respuesta de su madre. Decir que jamás volvería a aquella escuela en la que había ingresado hacía solo dos años era su última estrategia en busca de cumplir su objetivo.

No era cierto que a diario sus compañeros de aula se preocupaban por saber quién era su papá. Realmente todos la querían y sentían compasión por ella. Su cara de tristeza era el mayor motivo de comentario de sus compañeros, sobre todo de las hembras, entre ellas Luisa, su mejor amiga, pero muy pocos mencionaban el tema.

No se sentía peor porque, aunque pequeña y un poco apartada del centro del pueblo, la escuela tenía cosas que amaba: era limpia y de jardines extensos hasta el camino; en el patio trasero, casi hasta el río, tenía un área donde las hembras jugaban al trúcame-lo y los varones lanzaban sus trompos, jugaban pelota y discutían sobre los muchachos del barrio que ya se perfilaban como estrellas de las Grandes Ligas, porque alguien los había firmado con el compromiso de que mejorarían sus condiciones de vida y las de su familia. Debajo de una mata de níspero era su lugar favorito a

la hora del recreo; se sentaba con Luisa sobre las raíces y conversaban acerca de las clases y los maestros, pero también comentaban acerca de la familia, de sus juegos favoritos, de los que hacían trampas en el juego y sobre quiénes eran los mejores en el deporte.

Ese día Lorenzo le pasó un pañuelo para que se secara las lágrimas, se acomodó el sombrero y la miró con tristeza. Le explicó que él la adoraba, que era su nieta preciosa y que en su escuela no había nadie tan querida por su familia como ella. No había verdad más grande: desde que nació, Daniela era la verdadera princesa para su familia. Todo lo mejor era para la ella. Su madre Carmen no encontraba cómo agradarla, todo cuanto compraba y hacía era pensando en su hija; en su afán por protegerla, nunca la dejaba ir sola a ninguna parte; Daniela solo podía salir con ella o con los abuelos.

Cuando llegaba a la casa, Tobi la recibía con continuos ladridos y saltos de alegría, movía la cola y le daba suaves mordiscos en las piernas, que ella a veces rechazaba y sancionaba con un “Tobi, ya”. La abuela Erenia le había guardado algo de lo que más le gustaba: una fruta madura, platanitos fritos, un vaso de leche fresca, y hasta agradables sorpresas que alegraban mucho a Daniela. Una de esas veces fue el día que le dio un sombrero tejido que su tía Elena le había enviado como regalo de cumpleaños, un sombrero que le pareció tan bello como original. Cada regalo y cada sorpresa, Daniela lo agradecía con un beso y un “te quiero mucho”.